

## NOMENCLATURA, FORMA, ACTITUD

En otras oportunidades nos hemos ocupado del programa y el método como índice objetivo de competencia y vocación docente. Hoy expondremos el sistema de nuestra enseñanza, referido a los tres elementos que siguen: la nomenclatura, la forma, la actitud.

### CAPITULO I

#### *LA NOMENCLATURA*

La fijeza en el alcance o significación de los vocablos, la precisión en la nomenclatura, nos ha parecido siempre asunto de especial importancia. En nuestro caso, de modo particular.

#### LA CIENCIA Y LAS MEDIDAS

Una disciplina no llega a la categoría de ciencia, sino cuando logra expresar sus resultados en estimaciones, en medidas. Toda ciencia, se ha dicho, no es sino un sistema de medidas.

Por su parte, una relación de medidas requiere, junto con el objeto a estimarse, un patrón o escala — es decir, una medida: metro, gramo, dina, voltio — que sirva de unidad o referencia. Tal patrón o escala, fácil de concebir en el orden de las disciplinas físicas, químicas, etc., re-

sulta un tanto difícil de alcanzar en la nuestra. Lo que no debe interpretarse como que en nuestra ciencia carezcamos de medidas.

En nuestra ciencia también tenemos medidas. Sólo que ellas distan de ser las corrientes; son en extremo especiales, y aún diría curiosas: en la ciencia del derecho las medidas son las palabras.

Una palabra — «locación», «usufructo», «comodato», «dominio» — es la que sirve a establecer la extensión o intensidad del derecho del ocupante de una heredad respecto a la misma. Otra palabra — «menor», «mayor», «insano» — es la que determina la posibilidad o imposibilidad para el ejercicio directo de los derechos. Una tercera palabra — «ascendiente», «descendiente», «colateral» — es la que permite fijar la posición del pariente ante los bienes del difunto.

#### LAS MEDIDAS Y LAS PALABRAS

Es condición, ahora, de toda buena estimación, entre otras, la invariabilidad de las medidas tomadas como unidad; invariabilidad que llevada a nuestra ciencia nos exige exactitud en las palabras, prolijidad en la nomenclatura <sup>(1)</sup>. Lograr esto, no siempre será cosa sencilla.

Está en la naturaleza de las palabras el ser a veces sutiles, fugitivas, aéreas; a veces equívocas y aún absurdas; a veces plurisignificativas, frondosas. Bajo este último aspecto, sobre todo, nuestra ciencia nos ofrece los ejemplares más extraordinarios: «posesión», «sucesión», «saisine», «derecho» . . . «Derecho»; sobre todo «derecho»!

En un trabajo a publicar en breve <sup>(2)</sup> hemos escrito

---

<sup>(1)</sup> Si para alguna disciplina, así, resulta irreproachable la definición de Gustavo Hugo — «La ciencia es una lengua bien hablada» — es para la nuestra. Ihering ha advertido esto como pocos (*La voluntad en la posesión*, págs. 17 y ss.; *El espíritu del derecho romano*, págs. 42 y passim).

<sup>(2)</sup> *La palabra derecho*.

que la palabra «derecho» es quizás el vocablo que en nuestro idioma se emplea en mayor número de acepciones, y antes que ello, con más variadas funciones gramaticales. La palabra «derecho» es sustantivo, es adjetivo, es adjetivo sustantivado, es adverbio, es elemento constitutivo de locuciones o modismos.

Como sustantivo, a su vez, la palabra «derecho» puede significar: o cierto orden de estudios o conocimientos, o el fenómeno objeto de esos estudios. En este último sentido, finalmente, la palabra «derecho» puede significar, o el fenómeno como conjunto indiferenciado, o uno de sus varios momentos o manifestaciones: norma, facultad, etc.

#### LAS PALABRAS EN NUESTRA CIENCIA

¿Cómo no pensar, pues, — y esto no es privilegio exclusivamente nuestro —, que muchas de las dificultades en nuestras disciplinas reconozcan como única causa meras cuestiones de vocabulario? «Si los que creen contradecirse — ha dicho Ingenieros — entraran a explicar el sentido que dan a cada palabra usada, no sería raro que se sorprendieran habiendo dicho lo mismo, y viceversa» (3).

Dejo de lado las confusiones y *quid pro quos* nacidos del uso indebido de los términos, de las torturas sintácticas, de otras impropiedades gramaticales; que en esto, no ya las palabras — y el consignarlo huelga — si que hasta la simple puntuación puede jugar un papel del todo decisivo. Recuérdese, si no, las disquisiciones a que hace poco diera lugar la coma que separa cierta frase en el artículo 23 de nuestra Constitución (4); y si se quiere algo clásico, la controversia que desde siglos se mantiene,

(3) *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, pág. 102.

(4) Recuérdese asimismo los problemas que plantea la puntuación en los arts. 1164, 2614, etc., del Código Civil.

también a propósito de una coma (\*), acerca del «*Delicta majorum*» de Horacio.

Se trataba de saber si Horacio escribió: *Delicta majorum, inmeritus lues, Romane*, etc.; o si en cambio escribió: *Delicta, majorum inmeritus, lues, Romane*. En el primer caso, habría que traducir: Romano, aunque indebidamente, habrás de pagar los delitos de tus mayores—, como lo hace la versión de Lupercio de Argensola inserta en la colección de Menéndez y Pelayo (\*). En el segundo: Romano indigno de tus mayores, pagarás tus delitos—, como lo sostiene González Blanco (†).

Conclusión: Que la nomenclatura será una de las preocupaciones de nuestra enseñanza.

## CAPITULO II

### LA FORMA

En todo sistema, y de consiguiente en el nuestro, la forma toca, más que otro elemento alguno, a lo que es de personal temperamento, inclinación o iniciativa; sin llegarse, claro está, a lo arbitrario o caprichoso, que se halla por definición fuera de toda regla.

Tenemos, así, desde la exposición monologada del profesor, a las investigaciones personales del alumno en el seminario—, toda la variada gama intermedia: conferencias dialogadas entre profesor y alumnos, conferencias o lecciones de estos últimos, conferencias e investigaciones a la vez, etc.

(\*) Con razón pudo decir el personaje de *Los intereses creados*: «¡Oh, admirable coma! ¡Maravillosa coma! ¡Genio de la Justicia! ¡Oráculo de la Ley! ¡Monstruo de la jurisprudencia!»

(\*) *Odas*. Edición «Artes y letras».

(†) *Historia de la Novela en España*, págs. 146-47.

Véase, por ejemplo, el distinto modo de enseñar de cuatro eminentes maestros de Francia: Thaller y Lyon Caen por una parte, Gley y Pieron por otra.

Thaller «principia su lección repitiendo casi textualmente las palabras de sus libros. No se vale de apunte alguno, no consulta los códigos, no recurre a sus obras y no hace ninguna investigación ni práctica con sus alumnos» (1). Lyon Caen «sigue un procedimiento abiertamente distinto. Cubre de libros su pupitre. Sus obras, los códigos nacionales y extranjeros y apuntes particulares rodean su mesa-ministro, y están constantemente al alcance de su mano, posada siempre sobre alguno de ellos. La consulta es continua y también la lectura» (2).

Gley está en el colegio de Francia. «Habla de pié, con una mano en el bolsillo, mientras pasea la otra, de cuando en cuando, por su calva reluciente o sus bigotes blanquísimos. Movedizo, nervioso, interesado en lo que expone, pasea a lo largo de la mesa, escribe en la pizarra, se echa sobre el escritorio como un buen camarada. Frecuentes digresiones ilustrativas — recuerdos personales casi siempre — ponen un acento peculiar en sus lecciones. Pasa, así, del experimento más objetivo a la emoción más afectuosa, y le hemos oído poco después de practicar un injerto glandular con una técnica impecable, referirse a la vida de un amigo ilustre — el fisiólogo Mosso — y empañarsele la voz por la ternura» (3).

En la misma sala en que hemos visto a Gley, enseña Pieron. «Expone con una claridad admirable, sin fórmulas equívocas, sin metáforas dudosas. Su cultura enorme de

(1) JOSÉ A. AMUCHASTEGUI, *El método en el estudio del derecho comercial*, Anales de la F. de Derecho y CC. Sociales de la Universidad de Córdoba, Tomo I, págs. 192-93.

(2) AMUCHASTEGUI, *Mismo lugar*, pág. 194.

(3) ANIBAL PONCE. *Un cuaderno de croquis*, págs. 35-6.

matemático y de biólogo le ha dado, en el lenguaje, una probidad ejemplar. Acostumbra empezar cada lección con un resumen perfecto de las teorías más en boga, y una vez que la reseña ha terminado, las desmenuza una por una. Su voz, hasta entonces tranquila y límpida, elébase de tono hasta adquirir una sonoridad casi metálica. Y este hombre que exponía teorías ajenas con sereno respeto, adquiere de pronto una actitud combativa. En ningún momento, sin embargo, llega a la injusticia. Pero se nota por debajo de cada objeción, el tono agresivo de las convicciones profundas» (4).

#### NUESTRA FORMA

Nuestra enseñanza será predominantemente teórica y oral; en lo posible, dialogada. Todo ello a sabiendas de que la palabra hablada como modo de educación y la conferencia como forma no han escapado a las más acerbas críticas; y antes que ello, a sabiendas de que, según lo precisara conceptuosamente Hanotaux, «le regime des mots a fini, l'éducation verbale a fait son temps» (5).

Y es que queremos creer que lo que se ataca en la forma oral o en la conferencia, no es la enseñanza mediante la palabra, sino el fetichismo de la palabra. No es la verbalidad, sino la verbosidad. No el uso, sino la degeneración o el abuso.

De otra parte, no hemos dicho que nuestra enseñanza será exclusiva, sino sólo predominantemente, teórica y oral. Siendo así, podemos agregar que sin desnaturalizar aquella preeminencia, no perderemos ocasión de contrastar la teoría con la realidad ambiente; de llevar a cabo tra-

(4) PONCE, *Ibid.*, págs. 38-9.

(5) LE BON, *Psychologie de l'éducation*, pág. 18.

«Las palabras — nos dice EMERSON en *Normas mentales* — son un débil instrumento de cultura». «Los discursos académicos — agrega — entran a los oyentes por un oído y les salen por el otro» (Pág. 29).

bajos prácticos, por sólo los alumnos o con nuestra participación; de compulsar textos, buscar soluciones. Y sobre todo, la ocasión de hacer ver que el Derecho no es simple fruto de la especulación o la fantasía sino acompasado latido de la vida, profunda armonía cósmica, que ordenando la marcha de las sociedades matiza sus costumbres, equilibra sus leyes, presta sabiduría a sus doctrinas, confiere autoridad a su jurisprudencia.

#### LOS TEXTOS Y EL PROFESOR

Limitar nuestra tarea a la función desmayada de repetir textos, es, en definitiva y aparte de otras cosas subalternas, abrigar la pretensión de poder suplir a estos últimos, cuando son los textos los que estarían en condiciones de suplir con ventaja al profesor.

Ya en 1700 Scipione Maffei, destacando la íntima vinculación entre la universidad y la biblioteca, sentenciaba que ésta — la biblioteca — «supplisce a cento maestri» (\*).

«El libro — nos ha dicho hace poco Palacios — ha hecho inútil la Universidad clásica y con ella el tipo tradicional del profesor universitario que se concreta a generalizaciones superficiales y mal definidas, fáciles de ser reemplazadas con ventaja por un manual donde se hace exposición sistemática» (†). Y Gaviola, en oportunidad más reciente: «Los profesores son a menudo superfluos, cuando existen buenos libros de texto» (§).

La razón nos la habría dado Séneca aconsejando a Lucilio emanciparse de los maestros; se supone que en cuanto no hiciesen más que repetir textos: «¿Qué necesidad tengo, se preguntaba, de escuchar lo que puedo leer cuando quiera?» (§).

(\*) BRUGI, *Per la Storia della Giurisprudenza e delle Università italiane*, pág. 195.

(†) *Los nuevos métodos*, pág. 142.

(§) *Reforma de la Universidad Argentina*, pág. 9.

(§) *Epistolae morales*, pág. 102.

El agregado de que nuestra forma será en lo posible dialogada, queda explicado luego del concepto lógico y didáctico que del diálogo expresáramos en más de un trabajo. «El diálogo, hemos dicho: he ahí el ventanal de la enseñanza, abierto a las más sonrientes perspectivas de la vida, a las más profundas realidades del pensamiento; he ahí el cauce por el que corriera, rumoreante y fresca, la luminosa sabiduría griega; he ahí el género que hiciera inmortales los nombres de Fedón y Calicles, de Teodoro y Aristo, de Filaleto y Eutifrón!...» (10).

A ello puede agregarse, que la pasividad en que la conferencia monologada coloca a los oyentes atenta, en el decir de un espiritual «calembour» francés, al más poderoso de los instintos humanos: al instinto de la «conversación». En cambio, la forma a instantes dialogada que proponemos, hará que nuestra conferencia haga menos sensible aquel atentado, al parecerse en lo posible a una conversación: «Aun el maestro que mejor hable — ha dicho Compayré — no será un buen maestro si no habla más que él en la clase» (11). Y Montaigne: «No me place que piense y hable solo; quiero que escuche al muchacho cuando hable. Sócrates, y más tarde Argesilao, primeramente hacían hablar a sus discípulos y a continuación hablaban ellos» (12).

#### LA INTERROGACION

Desde luego, si la conversación a que aspiramos llegar en la forma de nuestra exposición ha de resultar animada, no podrá faltar en ella el mordiente de la interrogación.

¿Qué es la conversación, el diálogo, sino la ósmosis

(10) *Ciencia y docencia*, pág. 23.

(11) *La educación intelectual y moral*, pág. 156.

(12) *Ensayos pedagógicos*, pág. 73.

intelectual por la cual se trasfunden los pensamientos? Y ¿qué mecanismo, qué resorte, qué estimulante mejor para ello que la interrogación?

La interrogación — y no nos detenemos en el tema para hacer un capítulo de pedagogía corriente — implica la recíproca fecundación de dos espíritus<sup>(13)</sup>: del espíritu del alumno en cuyo seno insinúa el maestro su pregunta, y del espíritu del maestro cuando la respuesta, llegándole preñada de imprevisto, le despierta reflexiones, le provoca inquietudes; o cuando, preguntando a su vez, el alumno se asoma al alma del maestro.

Pero, innegablemente, cuando la pregunta adquiere valor inestimable, es al lograr el prodigio socrático: el alumbramiento de las ideas aletargadas en las reconditeces del pensamiento y que esperan ansiosas, cual la simiente henchida bajo la tierra, el instante gozoso de aflorar su brote a la superficie<sup>(14)</sup>.

---

(13) Y prescindimos de recordar ventajas obvias, expuestas en cualquier tratado sobre la materia: la pregunta mantiene despierta la atención del auditorio; estimula al discente con la responsabilidad, y a la vez satisfacción, que la respuesta certera comporta; le acostumbra a exponer, pues la contestación, aunque rápida o breve, obliga a ordenar conceptos o a escoger expresiones; permite al maestro comprobar el resultado obtenido con sus lecciones, etc. (COMPAYRÉ, cit., pág. 155; etc.).

(14) «Sócrates — nos ha dicho PÉREZ DE AYALA en un hermoso artículo de «La Prensa» — era hijo de comadrona y afirmaba seguir, respecto de las ideas, el oficio de su madre. La comadrona no ha engendrado la criatura que nace; sí, sólo, ha colaborado y facilitado el alumbramiento. Asimismo las ideas veraces, justas y bellas, están potencialmente, oscuramente, en una manera de vida intrauterina, dentro de la razón discursiva de cada cual (se entiende, de los hombres inteligentes, quienes son como las mujeres fecundas). En habiendo Sócrates demostrado al interlocutor, mediante la ironía, que se hallaba implicado en las redes de un error notorio, le ponía en trance de confesarlo así (sólo en la confesión está la salvación), y a seguida, con tacto fino, con insinuaciones penetrativas y observaciones sagaces le hacía sentir poco a poco cómo se hallaba, sin saberlo, en cinta de verdades importantes; cooperaba con él a que esta gestación oscura se fuese conformando, organizando y clarificando; finalmente le parteaba y facilitaba el alumbramiento gozoso de la nueva verdad» (*Ironía y mayéutica*. Número del 29 de diciembre de 1929).

## CAPITULO III

### LA ACTITUD

Es frecuente en la docencia el egocentrismo o narcisismo que nos lleva a imaginar que nuestra materia es algo así como el *deus ex machina* de todo el plan de estudios; que sin ella las restantes asignaturas perderían su apoyo; que nuestra cátedra es el centro de la historia o poco menos. La disputa en que la festiva comedia de Molière muestra al maestro de armas, al de música, al de danza y al de filosofía acerca de la mayor excelcitud de sus respectivas «ciencias» (1) — disputa en la que, justamente, no le toca la mejor parte al último —, no es simple fantasía del gran poeta.

«Je lui soutiens — explica el maestro de danzas al profesor de filosofía — que la danse est une science a laquelle on ne peut faire assez d'honneur.

*Maitre de musique:* — Et moi, que la musique en est une que tous les siecles ont réverée.

*Maitre d'armes:* — Et moi, je leur soutiens à tous que la science de tirer les armes est la plus nécessaire de toutes les sciences.

*Maitre de philosophie:* — Et que será donc la philosophie? Je vous trouve tous trois bien impertinents — les dice — de parler devant moi avec cette arrogance, et de donner impudemment le nom de science a des choses que l'on ne doit pas même honorer du nom d'art, et qui

---

(1) Si muchos de los que creen enseñar ciencia inquiriesen hasta qué punto es cierta su suposición, no es difícil se sorprendieran al comprobar la escasa o ninguna dosis en que efectivamente lo hacen.

De ello nos hemos ocupado en alguna oportunidad (*Ciencia y docencia*, págs. 89 y ss.).

ne peuvent être comprises que sous le nom de métier misérable de gladiateur, de chanteur et de baladin» (\*).

Nos cuidaremos, pues, de exagerar la importancia de nuestra asignatura, o de creer que ella deba por fuerza primar sobre otras. A su respecto, como en todo, hemos de procurar una discreta y equitativa distribución del *suum cuique*.

#### LA DIOSA FACILIDAD

Guiados por tal pensamiento, no podrá costarnos mucho rehuir otro escollo, tan frecuente como el anterior y resultado posible del mismo egocentrismo: el que suele hacernos creer que nuestra autoridad docente crecerá tanto cuanto más mostremos o hagamos abstrusa la asignatura.

Aparte de la presuntuosa y aún infantil vanidad que trasunta un proceder semejante, habría una razón poderosa para alejarnos del mismo. Y es, la de que si en algo precisamente se pone de relieve la virtud del buen maestro, es clarificando y simplificando las cuestiones difíciles.

Por ello, y siguiendo a Agustín Alvarez (\*), en nuestra enseñanza, no rendiremos culto a la diosa Dificultad sino a la diosa Facilidad (†).

#### «NEC SCIRE FAS EST OMNIA»

Como no pretenderemos saberlo todo, no podrá hacernos violencia confesar lo que no sea nuestro.

Prescindiendo de que cuando la compañía es buena no puede estimarse penoso el refugio bajo sombra ajena — *sub aliena umbra latente* —, siempre será preferible

(\*) MOLIÈRE, *Theatre*, Tomo III, pág. 206.

(†) *La creación del mundo moral*, pág. 25.

(\*) La sencillez nunca ha sido cosa frecuente. Ya en los tiempos de Ovidio era de culto rarísimo: *Aevo rarissima nostra simplicitas*.

orientar con las cosas de otros antes que perturbar con las propias. Esto para el caso de que sea legítimo afirmar que las cosas del saber pertenecen exclusivamente a alguien; pues hay quien sostiene que las verdades, como los cuentos de don Ramón del Valle Inclán, «nunca son de nadie». Musset diría: «Rien n'appartient a rien, tout appartient a tous».

#### LA RELATIVIDAD DEL SABER

Tampoco pretenderemos que nuestra asignatura esté constituida por verdades absolutas, inmovibles, eternas.

En la introducción a su libro «La Ciencia Moderna», Emilio Picard nos reproduce el siguiente pasaje de un artículo de Boutumy acerca de Hipólito Taine.

«Es ley del espíritu humano cambiar periódicamente los puntos de apoyo de sus construcciones especulativas. Toda filosofía, por lo mismo que es un plan, es efímera. No dura más tiempo que el en que sirve, y el periodo en que sirve es limitado. Un sistema ha alcanzado el máximo de su valor, en primer lugar, cuando es en aquel momento el mejor medio de ordenar el conjunto de los conocimientos adquiridos, y además, cuando plantea un gran cuadro de investigaciones, un método eficaz de descubrimientos. Su carrera termina cuando estos méritos flaquean. Sobrevive entonces por elementos desprendidos, algunos de los cuales entran en el saber definitivo del espíritu humano, y son a veces de un valor inmenso».

Se juzga muy falsamente a la ciencia, nos dice en la Introducción recordada el propio Picard, «cuando se olvida que es esencialmente móvil y no está formada más que de aproximaciones sucesivas, cuya convergencia, como diría un matemático, se acepta como un postulado».

«Las verdades humanas — ha escrito por su parte

Le Bon — evolucionan como todos los fenómenos de la naturaleza. Nacen, crecen y declinan» (5).

Total: Que resulta teniendo razón el poeta de «La nuit d'août» cuando proclama: «L'homme n'a su trouver de science qui dure».

#### EL BUEN SACERDOTE DE RENAN

Después de esto, ¿cómo molestarnos porque se nos contradiga? (6). ¿Cómo tener ningún sentir por definitivo, y menos imponerlo a los demás? ¿Cómo no ser reflexivamente mesurados y prudentes?

Muchas razones nos lo aconsejarán (7). De modo particular, la sonriente y profunda sugestión contenida en las palabras de aquel buen sacerdote de Renán, que tanto hizo llorar a sus oyentes predicando la Pasión, que hubo de exclamar: «Hijos míos, no lloréis tanto por esto que ocurrió hace tantos siglos; no lloréis, que bien puede ser que no haya ocurrido»...

JOSE LO VALVO.

(5) *La vie des vérités*, pág. 15.

(6) «El que, ya sea en arte o en ciencia, no tiene el valor de permitir que los demás hallen fastidiosa su obra, y a él mismo, no es ciertamente aún un espíritu de primer orden» (NIETZSCHE, *Opiniones y sentencias*, pág. 26).

(7) Ejemplo magno de prudencia científica, el de Newton al formular su ley. No dijo: Los cuerpos se atraen. Se limitó a decir: *Parece* que los cuerpos se atraen.

